Epifanía del Señor
Solemnidad
6-I-2008

Textos:
Is.: 60, 1-6.
Ef.: 3, 2-6.
Mt.: 2, 1-12.

¡Pueblos de la tierra alaben al Señor!

Hoy celebramos la manifestación (epifanía) de aquel cuyo nacimiento celebramos hace unos pocos días.

La epifanía de Dios, aunque discreta y limitada a unos pocos está concebida para todo el mundo, también para los pueblos que no conocen aún a Cristo; para los que aunque no habían recibido ningún anuncio profético previo como los judíos, estos son los primeros en venir a rendirle homenaje como los Magos.

En Cristo se cumplen las profecías que alimentaban y sostenían las esperanzas del pueblo de Israel, y que Isaías anunciaba al profetizar el reino de la gracia, la luz de la fe y el señorío efectivo de Jesucristo en el mundo.

"Jerusalén no tiene luz en sí misma, aunque ella crea que la tiene: debe ver a los pueblos y a los reyes venir con sus tesoros, pero no a ella, sino a su luz" (Von Balthasar).

El evangelio describe la llegada de los Magos (es el nombre que entre los persas y caldeos se daba a los hombres doctos que cultivaban las ciencias, especialmente la astronomía), que guiados por la estrella (cfr. Num. 24, 17) de la salvación "que les hablaba en forma visible, como si fuera el lenguaje del cielo, de la Palabra que aún no hablaba" (San Agustín, 5, 203, 1); la estrella que han seguido y que les conduce al encuentro del Mesías. Dios les ha dirigido una palabra mediante una estrella.

Israel no comprendió que se cumplía el anuncio que Dios había hecho a Abraham de que los pueblos serían bendecidos en él, y rechazó "al rey de los judíos que acaba de nacer".

Ante la pregunta de los magos de Oriente, los jefes de los judíos, "consultando la Santa Escritura, que tenían en los labios pero no en el corazón, respondieron como incrédulos a los creyentes sobre la gracia de la fe. Fueron mentirosos para sí mismos y sinceros en contra suyo" (San Agustín, 5. 199, 2).

Por la acción del Espíritu de Dios "la Iglesia ve la estrella que de él sale y cómo su epifanía brilla por el mundo entero" (Von Balthasar).

Hermanos, el pesebre, con los Pastores y los Magos, se transforma en una sugestiva imagen de la universalidad de la salvación, en él se manifiesta la catolicidad del pueblo que de Cristo nacería. Ya no hay muro que separe a judíos y paganos, la salvación es universal. "La primicia de los judíos, en orden a la fe y a la revelación de Cristo, fueron aquellos pastores que llegando de las cercanías lo vieron el mismo día en que nació. A estos se la anunciaron los ángeles; a aquellos, los Magos, la estrella" (San Agustín, 5. 203, 1).

De esta manera la epifanía ilumina e inspira la acción evangelizadora de la Iglesia y de todos nosotros de anunciar, como los ángeles que el Hijo de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros.

La Iglesia, como la estrella, ha de conducir a los hombres de toda raza y cultura al encuentro con Cristo.

La epifanía, que expresamos plásticamente con el pesebre, manifiesta la naturaleza de la Iglesia, pueblo constituido por judíos y paganos en torno a Jesús. "Este es el día que Abraham contempló y saltó de gozo, al reconocer los hijos de su fe que habían de ser bendecidos en su descendencia que es Cristo; y, al contemplar de antemano que había de ser por su fe, padre de todos los pueblos" (San León Magno. Sermón 3 de Epifanía).

La Epifanía nos recuerda que la Iglesia es católica, universal; "no es un «ghetto», no es una sociedad cerrada, no es un ser que se cuida o se atiende a sí mismo, que se aísla absolutamente del ambiente humano en el que se encuentra; un ser que no posee sentido histórico del devenir y del multiplicarse de las formas culturales; que se contenta con relaciones ocasionales e inevitables con el mundo (…). La Iglesia no será jamás forastera allí donde pone sus raíces, porque la Iglesia surge de la humanidad; es la humanidad misma elevada a un grado superior de vida nueva" (Pablo VI, "Insegnamenti, V, pp. 831-832).

Hermanos contemplando el misterio de la epifanía, afirmamos una vez más que "la religión católica y la vida humana reafirman su alianza, su convergencia en una sola humana realidad: la religión católica es para la humanidad; en un cierto sentido, ella es la vida de la humanidad" (Pablo VI).

Por esta razón Mons. Montini al convocar la Gran Misión ciudadana de Milán en 1957, decía:

> "Nuestra invitación es amplia; se extiende a todos, también a aquellos que no tienen habitual relación con la religión y amistad con la Iglesia, porque ninguno desea considerarse desheredado de la luz y de la paz de Cristo" (15-X-1957).

Hermanos, en Cristo, la Palabra hecha carne y tiempo, Dios se hizo diálogo con la humanidad; la Iglesia, cuerpo de esa Palabra, debe, por mandato de su fundador, ir al diálogo con el mundo en el que se encuentra y vive. Así "la Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio" (Pablo VI. E. S. 66-67). Este diálogo lo debemos hacer con claridad, humildad, confianza y prudencia pedagógica.

Hermanos, somos católicos y un corazón católico quiere decir corazón de dimensiones universales. Trabajemos para salir "de las estrecheces y tristezas de nuestro pequeño yo y de nuestra piedad egoísta, la Iglesia nos llama a la inmensidad de Dios" (Odo Casel, Ejercicios 1931).

Las palabras de Isaías, bien las podemos aplicar a la Iglesia hoy: Iglesia; "Levántate, resplandece, porque llega tu luz y la gloria del Señor brilla sobre ti!" (Is. 60, 1).

Este tiempo de Navidad, también está marcado por **la alegría**, la de los pastores y de los Magos; nosotros somos herederos de esta alegría; "alegría que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo, a quien reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor, y deseamos que llegue a todos los hombres y mujeres" (Aparecida 29) de la familia humana, porque "la Iglesia está al servicio de todos los seres humanos, hijos e hijas de Dios" (Ibid. 32).

Pidamos al buen Dios, poder "reconocer en los Magos adoradores las primicias de nuestra vocación y de nuestra fe, y celebremos con corazones dilatados por la alegría los comienzos de esta dichosa esperanza; pues, desde este momento se inicia nuestra entrada en la celestial herencia de los hijos de Dios" (San León Magno).

Amén.

G. in D.